

tristeza»), revelándose así como la raíz de la sangre, luminosa aunque doliente: raíz y alimento primordial («eras el pan caliente sobre la mesa»); ofrenda y entrega final:

ofrezco a tu dolor un crucifijo:
te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

Pero, al margen de la temática concreta de ciertos poemas, en la escritura de Sábines hay algo más vallejiano; más profundamente vallejiano, me atrevo a decir. Hablo de la actitud, de la posición que el poeta adopta ante el lenguaje y ante la especial relación que a través de aquél puede entablar con el mundo, con las cosas, consigo mismo; con su utilidad y con su derrota; con su humillación, en definitiva («me desprendo de mis deseos, muerdo y corto mis brazos, podo mis días, derribo mi esperanza, me arruino (...) Quiero pedir piedad a alguien. Voy a pedir perdón al primero que encuentre»). De modo absolutamente claro, Jaime Sábines se manifiesta, como hacía el protagonista de los poemas de Juarroz que acabamos de ver, como un hombre que necesita la proximidad y el calor corporal de los otros, y de aquella decidida acción sobre su casa y su cuerpo, sobre su casa que es su cuerpo. Relación que no se resuelve en una presunción de sabiduría vanidosa, en una explosión de grandes palabras, sino en la iluminación de las palabras justas que, establecidas en esa zona radicalmente cordial, la tocan prodigiosamente para que vibre con su creación y la comparta afectivamente. El lenguaje de Sábines, como el de Vallejo, participa de similar agitación; de una aparente dislocación, contradicha siempre por la profunda y cálida hermandad que hace posible su peculiar coherencia, sin que por ello ese lenguaje oscurezca (y mucho menos enmascare) ni la insólita ternura que lo sostiene, ni la humana indecisión con que parece buscar sitio en el poema, ni la agresiva sinceridad con que muchas veces salta hacia nosotros, aferrándose a nuestro pecho y reclamando algo más que una simple y rutinaria atención. Dice Sábines, muy vallejianamente;

La tarde de domingo es quieta en la ciudad evacuada (...) y uno se sabe, recónditamente, que es personado.

En este recorrido por la presencia de César Vallejo en la poesía hispanoamericana, el del peruano Carlos Germán Belli (1927) es un caso muy particular, puesto que su relación con la obra vallejiana no es de estricta dependencia, ni tan siquiera se produce (así sucedía, por ejemplo, en Javier Sologuren) como resultado del lógico sedimento formado en el transcurrir de la última poesía peruana. La inauguración de Vallejo está en Belli, sin duda; pero se halla íntimamente relacionada con el trasvase y renacimiento de un lenguaje clásico, desde la literatura española y a partir del comienzo de una literatura hispanoamericana propiamente dicha. Es el suyo un lenguaje que no renuncia a la prosapia retórica del Siglo de Oro español, pero que —sin ningún género de dudas— en América empieza a ser otro, precisamente porque aquella lengua tan esclarecida debe acomodarse, con humildad, a su nuevo espacio y a su nuevo tiempo; porque ahí no fluye ya desde la seguridad, sino con balbuceante dificultad, tropezando a cada paso con su *otro* perplejo que, desde la inédita realidad recién alumbrada, lo mira entre temeroso y esperanzado, hasta que se decide a vivir por sí mismo y a nom-

brar una realidad que resulta ser totalmente distinta. Decir y decirse frente a la presencia dominante de una lengua tan rica y de tanta tradición exige una nueva actitud, una pérdida de respeto como la que, por intermedio de ejemplos como el de Quevedo, puede observarse en la poesía hispanoamericana, desde sus fundadores en adelante.

Ya lo advertía Gonzalo Rojas, con insinuante ironía; y ahora lo confirma Nick Hill al explicarnos cómo el parentesco de Belli con Vallejo habría que ligarlo a esa «corriente hispánica que se remonta a Quevedo y que Vallejo habría revitalizado para la actualidad (...) la simple yuxtaposición de una lírica purificada (...) y de una poesía cabal [que] encuentra en Belli a un notable continuador de Vallejo». ²³ No será sino redundancia advertir el carácter mestizo que tiene una operación así: la superposición (o mejor, fusión) de lo que se entiende por una lengua clásica ya fijada, ajustada a unas normas estrictas de uso o de manipulación estética; y la subversión que de esa herencia se perpetra al difundirse aquella lengua, como explica Enrique Lihn, «en un amplio contexto que incluye, involucra, al siglo de oro español; pero involucra también el mensaje del siglo de oro con el lenguaje virreinal e involucra los sentimientos de la dominación del dominado respecto del dominador, que están de otra manera en Vallejo».

Carlos Germán Belli, sin embargo, rechaza esta paternidad vallejana, limitándola —dice— «a nivel textual, como pueden coincidir otros poetas con él. Ahora, coincidencias a nivel de significado..., ¿cuáles serían?». Lo que no advierte nuestro escritor, tal vez porque la proximidad con respecto a su propio trabajo le impide observarlo con la suficiente claridad, tal vez porque esa presencia actúe —como decíamos más arriba— de una forma inconsciente por constitutiva, es que se trata de «una paternidad oblicua, manierista», como también advierte, con acierto, Enrique Lihn; una paternidad que se deja ver en el uso recurrente que hace Belli de «todo un lenguaje fosilizado (...) ese lenguaje impuesto por el padre», para deshacerlo caprichosamente, alterarlo con intención y agitarlo de una manera jocosa. De ahí que lo radicalmente vallejiano de la poesía de Belli haya que buscarlo en el sentido dramático, si no trágico, que imprime a esa humillada y culpable inferioridad desde la cual el poeta alza su voz;²⁴ una humillación que lo obliga a replegarse físicamente «en el fondo de la tierra», en el seno materno primordial, como con candorosa desazón dirá en «Segregación núm. 1»,²⁵ poema de su primera etapa. Pero humillación y culpa que, también, iluminan el sentido fraterno y solidario de esa inferioridad: una ternura familiar que trasciende lo meramente anecdótico («Yo, mamá, mis dos hermanos/ y muchos peruanitos/ abrimos un hueco hondo, hondo/ donde nos guarecemos,/ porque arriba todo tiene dueño,/ todo está cerrado con llave,/ sellado firmemente»). Se trata, como a la vista está, de una voz que se desea instrumento de una venganza entre ingenua e inútil, infantil, y que

²³ Vid. Tradición y modernidad en la poesía de C.G. Belli. *Ed. Pliegos. Madrid, 1985.*

²⁴ *El verdadero heredero de la tradición vallejana es Belli... víctima de una situación económica y esclavo de un desmoralizador oficio burocrático, Belli expresa su enajenación mediante la estilización... Como Vallejo, postula un mundo idealizado y deseable en contraste con aquel en que se encuentra realmente... [pero] como la infancia perdida de Vallejo, sólo sirve como recurso de contrapunto para subrayar sus frustraciones... Como Vallejo, Belli se crea una persona poética, la del pobre infeliz que siempre sale perdiendo en la lucha por la vida. (James Higgins. «Los poetas enajenados», en *Insula*, núm. 332-333, pág. 7).*

²⁵ Vid. Boda de la pluma y la letra. *Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1985, pág. 15.*

por lo mismo se halla cargada de una sorda violencia, oculta tras el repetido contraste irónico, coloquial, con el que Belli sazona a cada paso su, sólo en apariencia, anacrónico lenguaje. La primera persona testimonial y el tú coloquial que alternativamente maneja nos sitúan en esa bifrontalidad tan vallejana que nos hace partícipes, de modo simultáneo, de una cercana, estrechísima, proximidad emotiva y de una distancia irónica a la que no es ajeno un corrosivo y triste humor.

Así, cuando la imagen del cuerpo se ve sometida a un expolio despectivo y a su consecuente entrega irremediable («Ha llegado el domingo/ y procedo a desollarme como a un oso/ me desprendo/ y exprimo el sucio overol que cubre mi sangre»; «Ya descuarjaringándome, ya hipando / hasta las cachas de cansado ya (...) ya más hasta el gollete no poder,/ al pie de mis hijuelas avergonzado,/ cual un pobre amanuense del Perú»). O cuando el sentido religioso de la comunión oral, del hambre de humanidad vallejana, se desfigura y esperpentiza con una gula y una fealdad que aluden a una necesidad mucho más primaria y animal, aunque nada de eso pueda ocultar esa otra hambre de solidaridad y afecto entrañables. Dirigiéndose a la presa de carne, Belli la increpa como sigue:

Pero prefieres todavía ahora,
de tu amado el eructo desdeñoso,
y nunca el triste ruido rechinante,
que de estas pobres tripas sonará,
por no haber en su bolo alimenticio
ni un trozo de tu pulpa eternamente.

O, en fin, cuando el orden sintáctico se halla sometido a una constante alteración, a una caprichosa e incisiva actividad lúdica, movida ésta por idéntica afectividad a la que existe en César Vallejo. Lo cual nos lleva, sin duda alguna, hasta aquella lengua balbuceante pero desatada, balbuceante por desatada, y por contradictoria consciente del orden heredado. No otra función desempeñan esos constantes diminutivos prolongados emotivamente («peruanitos», «animalitos», «pedacitos»), las caprichosas aliteraciones («fricase de abecé»), los cultismos o palabras intencionadamente construidas («tro-ciscando»), las onomatopeyas («tanto menos guau, miau, miau») o la incorporación de recursos expresivos coloquiales («y su A, su B, su C, etc.,/ y hasta la Z mismísima,/ con qué naturalidad/ de pe a pa/ en la boca») usados una y otra vez por Carlos Germán Belli.

Hay escritores —y el suceso no es ocasional, sino extrañamente significativo— cuyas vidas coinciden casi exactamente y cuyas obras alumbran, por consiguiente, zonas muy similares de la existencia y del lenguaje, por más que no se haya producido entre ellos ni relación directa (ni en el espacio ni en el tiempo) ni declarada influencia, puesto que —en ciertos casos; no en el que ahora nos ocupa, ciertamente— este hecho puede darse entre autores cuyas existencias se ignoraban mutuamente. A estas sorprendentes coincidencias sólo cabe explicarlas acudiendo a una raíz común en donde sus identidades confluyen y desde donde sus obras toman aliento y forma indudables. Porque ese origen compartido condiciona un destino y unas circunstancias comunes. Raíz que no es histórica, en muchos casos, sino que va mucho más allá, hasta descubrirnos una teoría de espejos donde hallar respuesta a tales concomitancias, y donde completar así el recorrido circular que se cierra perfectamente en el alumbramiento de su propio origen.